

DIBUJOS DE ARQUITECTURA Y ORNAMENTACIÓN DEL SIGLO XVIII

AGUIRRE, Domingo de (Ca 1742-1805)

La villa y corte de Madrid vista desde el camino de San Bernardino (1780)

Dib/14/48/46

B 779

El hecho de que las dos vistas de Madrid —una, desde el camino de Alcalá, y esta otra desde los altos de San Bernardino— dibujadas por Domingo de Aguirre en 1780 coincidan en su técnica y dimensiones con las dos correspondientes del palacio del Buen Retiro, fechadas un par de años antes, permite suponer que formaran parte de una misma serie.

Ya se ha resaltado lo novedoso del lugar elegido para desarrollar las vistas de la ciudad, dejando de lado la convencional imagen desde el otro lado del Manzanares. Ahora Aguirre sube por el camino de San Bernardino y aprovecha la perspectiva que le ofrece ese lugar elevado. Sobre los terraplenes del camino viejo se alza la mole del palacio real, del que vemos su fachada norte, aquella que ya en 1764 Sabatini pensara trasdosar con la construcción de una suntuosa iglesia de corte. Necesitando el palacio ampliaciones más urgentes en su otra cara, la fachada principal y plaza de la Armería, aquel proyecto quedó en suspenso, no retomándose hasta comienzos del reinado de Carlos IV. Entonces se abrieron los cimientos, entendiéndose ya la iglesia como parte de una operación mucho más ambiciosa que incorporaba al bloque original de Sacchetti un conjunto de edificios y patios destinados a los consejos. Nada de todo eso se terminó por hacer, y nada podía haber recogido en aquel momento el dibujo de Aguirre. A los pies del palacio lo que se ve es el arbolado del antiguo jardín, al que tanta importancia se dio cuando se empezaron a plantear las obras exteriores. Habida cuenta de la abrupta pendiente del Campo del Moro, esta zona, aunque quedara algo rehundida, era la que permitía más fácilmente desarrollar el trazado de unos jardines a la manera barroca, y allí concentraron sus esfuerzos arquitectos y jardineros. Pero poco después de que Aguirre dibujara su vista, este espacio se edificó por completo con las construcciones de la nueva Regalada levantadas por Sabatini.

A la derecha del palacio asoma todavía algo de la muralla, y sobre ella el caserío, rematado al fondo por la poderosa silueta de San Francisco el Grande. Obra fundamental para la arquitectura madrileña de la época, en la que antes o después terminaron interviniendo los principales personajes que trabajaban en la corte. La iglesia se levantó sobre trazas del padre Francisco Cabezas, auxiliado desde el principio por Hermosilla, tras rechazarse una primera propuesta de planta basilical elaborada por Ventura Rodríguez. La Academia intervino en 1768, preocupada por la estabilidad del edificio, y Antonio Pló continuó las obras cerrando la cúpula en 1774, año en que Sabatini, por orden de Carlos III, se puso al frente de los trabajos encargándose de acabar tanto la iglesia como el convento. Si le diéramos al dibujo de Aguirre una total fiabilidad, veríamos la cúpula con su tambor, lo que nos llevaría a pensar en el proyecto original de Hermosilla, antes de que Pló lo suprimiera, modificando definitivamente las proporciones del templo (Francisco Sabatini 1993).

La otra cúpula que se ve, sobre la esquina del palacio, tiene que ser la de la capilla de San Isidro, en la parroquial de San Andrés, la iglesia más notable del barroco madrileño, construida a mediados del siglo XVII con trazas de José de Villarreal. A partir de ahí campean sobre el caserío torres y chapiteles, dibujando la silueta más castiza de la ciudad. Panorámica que vienen a interrumpir una serie de edificaciones situadas en primer plano de la imagen. A la derecha, una fachada muy escorzada que termina en el modesto portillo de San Bernardino, es la del Seminario de Nobles, institución creada por Felipe V y puesta bajo el gobierno de los jesuitas, que dirigían el otro centro

docente más importante de la ciudad, el Colegio Imperial. En 1731 se empezaron las obras, según el proyecto y bajo la dirección de don Pedro de Ribera, que avanzaron rápidamente hasta que en 1736 la falta de fondos obligó a interrumpirlas. Lástima, porque el edificio hubiera sido uno de los más notables de la ciudad. Quedó en ese estado inacabado, con el segundo de sus patios sin terminar de cerrar, tal como lo dibuja Aguirre y como luego aparece representado en la maqueta de León Gil del Palacio (Verdú 1998).

Más difícil es interpretar las construcciones que figuran entre él y la mole del Cuartel del Conde Duque. Entre ambos edificios solo quedaba el palacio de Liria, la nueva residencia del III duque de Berwick, don Jacobo Fitz-James. Empezada en la década de 1760, sobre trazas de un arquitecto francés, Guilbert, pasó pronto a las más experimentadas manos de Ventura Rodríguez, que para entonces terminaba ya las obras (Pita Andrade 1973). Aunque el edificio se edificó de nueva planta, durante un tiempo se aprovecharon unas construcciones preexistentes, entre otras las que fueron casas principales de don Pedro de Aragón. Pueden verse en el plano de Nicolás Chalmandrier de 1761 o en el de Espinosa de 1769. Y con algo más de detalle en el levantado por Luis de Surville en 1767, cuando se hicieron unos ejercicios militares en estas alturas de San Bernardino, plano donde se representan las estaciones del camino, lo que permite situar con exactitud el lugar desde el que se toma la perspectiva. Quizás alguno de los edificios existentes en la posesión de Liria tuviera que ver con las construcciones que dibuja Aguirre, entre la que destaca una interesante torre de ladrillo. El escorzo no deja juzgar si estamos todavía ante las edificaciones que pertenecían al Seminario o las que el duque estaba demoliendo para levantar su nueva residencia. Pero, habida cuenta de la fiabilidad que presentan las vistas de Aguirre, se trata de una información interesante, que habrá que valorar en la historia de estos edificios tan importantes para la arquitectura madrileña.

Completa este primer plano la imagen del Cuartel de Guardias de Corps, con sus chaparras torres esquineras delimitando la longitud de sus fachadas, la larga hacia poniente y el testero corto a norte. El cuartel fue ordenado construir por Felipe V en 1717, que puso su ejecución en manos del marqués de Vadillo, quien encomendó el proyecto y dirección de la obra a Ribera, a pesar de no ser este ingeniero militar y pasando por encima del maestro mayor de la Villa —que también lo era de las obras reales— don Teodoro Ardemans. Los trabajos, que comenzaron al año siguiente, podían darse por concluidos en 1737, a falta de rematar la capilla. Es el cuerpo cuadrado de ladrillo que, a modo de torre, asoma en el centro de la fachada larga. A su lado se ve una cúpula, tal vez la del Noviciado, aunque por su posición debería quedar un poco más a la izquierda. La grande que se ve pasado el cuartel, con dos torres delante, es la de la iglesia de las Comendadoras de Santiago, construida por José y Manuel del Olmo entre 1667 y 1697, a la que Francisco Moradillo acababa de añadir su hermosa sacristía. Algo más a su izquierda queda la nave de Montserrat, iglesia cuyo crucero y capilla mayor nunca llegaron a levantarse, aunque sí asoma sobre sus tejados el chapitel bulboso de la torre de Ribera.

El punto de vista elegido por Aguirre era muy original. Un sitio elevado desde el que poder contemplar la ciudad, poniendo en primer término construcciones como el Seminario de Nobles, el palacio de Liria o el Cuartel de Guardias, algunos de los edificios más importantes levantados en Madrid aquellos años. La reconstrucción del palacio, con la familia real de nuevo residiendo en él, potenció la importancia de este barrio que, siendo relativamente céntrico, disponía todavía de suficiente suelo libre. Lugar alto y despejado empieza a despuntar como una de las zonas más favorables para la futura extensión de la ciudad. Y, sin embargo, la imagen tiene algo que defrauda. Porque al final todos esos nuevos edificios miran hacia otro lado y ninguno luce su mejor arquitectura. Las construcciones se ven desordenadas, a falta de que algún eje urbano abra perspectivas más amplias. Cincuenta años después, el escocés David Roberts volverá a interesarse por retratar Madrid desde este lugar —en el que todavía casi nada había cambiado—, pero se desplazará un poco más hacia la izquierda, situándose frente a la entrada de la calle de San Bernardo. Suficiente para obtener una vista quizás menos rigurosa topográficamente, pero en la

que el cambio de posición relativa de los edificios, la torre de Ribera, las Comendadoras o el Palacio Real, propician una imagen mucho más intensa desde el punto de vista pictórico.

José Manuel Barbeito